

La Vida Espiritual en el Matrimonio

En este mes, el Papa Francisco ha convocado una reunión mundial en Roma para entender que es lo que está pasando en la vida matrimonial y en las familias de hoy. Deseo compartir con los lectores de Ideal la reflexión del Diacono James Keating de Omaha, Nebraska, sobre la Oración Conyugal. Este pequeño folleto logra mostrar el poder de la oración en fortalecer la unión matrimonial.

Los pastores del Pueblo de Dios notamos un cierto temor de los jóvenes adultos en casarse y formar una unión estable y permanente. La relación hombre y mujer sufre de la fornicación, el divorcio, la cohabitación, el cinismo, la pornografía, a veces de heridas que vienen de los padres mismos por ser posesivos o desconfiados. Estas cargas y heridas emocionales interfieren con la donación de la entrega total que la alianza matrimonial realiza en dos corazones que se quieren para siempre.

Delante de tantas presiones y heridas, la pareja esta llamada a abrirse a Cristo desde su realidad tal como sea y dejarse sanar por el amor mismo de Cristo que quiere ser médico para la pareja y para cada uno personalmente. Como decía tan bien el Santo Padre Pio, ante el pasado, la misericordia; en el presente, el amor; en el futuro, confiar en su providencia.

La pareja necesita sentir con certeza el principio: “estoy aquí y no voy a ninguna parte” que es casi como decir te quiero aunque en momentos no te quiera. O sea, “una determinada determinación” como decía la gran Teresa a no separarse mientras buscamos un cambio o sanación que ambos necesitamos. Cuando existe esta convicción de permanecer unidos para siempre, el dialogo en la verdad trae sobre el tapete los conflictos, las diferencias, las interferencias que están dañando la alianza. A veces este proceso no será posible hacerlo solos. Pedir ayuda es a veces necesario para que el dialogo logre la comunicación verdadera y así el dolor, la ira, el desencanto no sean obstáculos para un mejor entendimiento en la pareja.

Nos dice el Diacono Keating, “la comunicación madura entre los cónyuges depende de la seguridad emocional, espiritual y física. Te revelare todo solo si estoy seguro que lo aceptarás y no me abandonarás. Cuando un hombre y una mujer establecen ese lugar seguro llamado matrimonio, conocen la felicidad. Cualquier cosa menos que esta clase de seguridad conlleva la probabilidad de una

tal felicidad, pero no su plenitud todavía”. La intimidad conyugal solo es posible si hay una base de confianza y relación orante con un compromiso para siempre.

La unión conyugal es más que servir al otro haciéndole favores. Ni tampoco lo logra la unión sexual. Esta unión crece por el compartir sentimientos, pensamientos y deseos en la confianza mutua. A veces sucede que existe un desnivel ya que uno comparte mucho más que el otro. Por eso es necesario lograr la reciprocidad o la mutualidad en la relación. El otro necesita ser bien acogido para que la intimidad crezca más y más. El autor ve este crecimiento en tres acciones fundamentales.

Por una mirada acogedora. En los matrimonios realizados, esa mirada dulce y llena de satisfacción porque el otro es y está ahí es signo de amor feliz. En la cultura griega, la vista revela el anhelo del corazón. Por eso los que aman sufren por la distancia de la separación al no poderse ver. Cuando el amor se apaga, el otro se siente como que no se le presta atención, o se le ignora, no importa y no cuenta para nada. Si nos recordamos del amor en el principio, la chispa surgió por un contacto con los ojos revelando el placer de estar en su compañía.

Por una escucha atenta del cónyuge. Uno puede oír lo que la persona me dice sin escucharla. La escucha es desear entender al otro captando su mensaje tal como el otro lo siente. Por eso el filósofo español Xavier Zubiri definía a la persona como una inteligencia sentiente. El nivel de escucha revela la calidad de comunicación existente. El que escucha no discute ni pelea. Mientras la otra habla no está tratando de presentar una respuesta. El amor es paciente. El amor tolera todo, dice San Pablo.

Por una capacidad a perdonar muchas veces (setenta veces siete diría Jesús). Sin perdón no hay matrimonio que dure. Es doloroso recibir al otro que me ha ofendido. A veces el rencor hace prolongar el dolor más de la cuenta.

En este punto conviene recordar que el amor de Cristo es un mandato. A veces el cónyuge herido ha de perdonar aun si no quiere hacerlo motivado por el mandato del Señor Jesús. Y solo la fe y la oración dan la fuerza para iniciar un camino de reconciliación. No se puede perdonar sin dialogo ya que la ofensa necesita ponerse sobre la mesa. A veces el clima no es favorable al dialogo y entonces el herido necesita presentarle a Cristo la situación pidiendo luz y diciendo como San Francisco de Asís: “sana Señor la violencia de mi corazón”. Muchas veces mirando

al Santísimo Sacramento el dolor recibe luz. A veces es simplemente mirar en silencio al Crucificado: “en tus llagas me escondo”, “agua del costado de Cristo, purificame”.

En un tiempo en que la vida matrimonial sufre un profundo malestar social, la Iglesia Madre se apresta a darle una máxima atención pastoral. El Santo Juan Pablo II decía con tanta razón, el futuro de la humanidad pasa por el bien de la familia. Una familia sana, feliz y santa solo se logra si los padres y los esposos viven su matrimonio en la verdad y el amor vividos con pasión.

Bishop Felipe Estévez
Diocese of St. Augustine
Ideal Magazine, September 2014